

LA SOCIEDAD DE LOS SOÑADORES
INVOLUNTARIOS

JOSÉ EDUARDO AGUALUSA

LA SOCIEDAD
DE LOS SOÑADORES
INVOLUNTARIOS

Traducción de Claudia Solans



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Obra apoiada pela Direção-Geral do Livro, dos Arquivos e das Bibliotecas e pelo Camões,
Instituto da Cooperação e da Língua – Portugal

Esta obra cuenta con el apoyo de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas y del
Instituto Camões de Cooperación y Lenguaje de Portugal



Título original: *A sociedade dos sonhadores involuntarios*

Diseño de la sobrecubierta: Eduardo Ruiz, basada en un diseño de Pepe Far

Primera edición en Argentina: noviembre de 2018

Primera edición: enero de 2019

© José Eduardo Agualusa, 2017 por acuerdo con Literarische Agentur Mertin Inh.

Nicole Witt c. K., Frankfurt am Main, Germany

© de la traducción Claudia Solans, 2018

© de la presente edición: Edhasa, 2019

Diputación, 262, 2ª^a

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, o consulte la página www.conlicencia.com

ISBN: 978-84-350-1139-6

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B. 28982-2018

Impreso en España

La tarde en que Hossi Apolônio Kaley murió por segunda vez, dos años antes de terminar la guerra, yo buscaba en un jardín de Huambo memorias de mí mismo.

Al frente de la casa donde nací y viví toda la infancia y adolescencia se abría, como en los tiempos antiguos, un horizonte inmenso. El sol seguía recostándose sobre el pastizal, una bola enorme, redonda y roja, e inmediatamente después la noche caía.

Para Yara, éste y todos mis sueños.

Para Patrícia Reis y Sidarta Ribeiro.

Para Laurinda Gouveia, Rosa Conde, Luaty Beirão, Domingos da Cruz, Nito Alves, Mbanza Hamza, José Hata, Samussuko Tchikunde, Inocêncio Brito, Sedrick de Carvalho, Albano Bingo, Fernando Matias, Nelson Dibango, Arante Kivuvu Lopes, Nuno Álvaro Dala, Benedito Jeremias, Osvaldo Caholo, y todos los jóvenes soñadores angoleños.

«Lo real me da asma».
E.M. Cioran

«Acordémonos siempre
de que soñar es buscarnos».
Bernardo Soares / Fernando Pessoa

Me desperté muy temprano. A través de la estrecha ventana vi pasar grandes aves negras. Había soñado con ellas. Era como si hubieran saltado de mi sueño al cielo, un papel de seda azul oscuro, húmedo, con un moho amargo creciendo en los extremos.

Me levanté y salí para la playa, descalzo y en calzoncillos. En el arenal no había nadie. No me percaté del hombre que me observaba, sentado en una mecedora verde oscura, mientras el sol escalaba las alturas. Enseguida el aire se llenaría de luz. Pequeñas olas, una después de otra, bordaban finos encajes de espuma. Los acantilados crecían detrás de mí. Encima de los acantilados crecían los cactus, como altas catedrales de espinos y, más allá, el rápido incendio del cielo.

Entré en el agua y nadé con brazadas lentas. Hay quien nada por puro placer. Hay quien nada para mantener la forma. Yo nado para pensar mejor. Recuerdo con frecuencia un verso de la poetisa mozambiqueña Glória de Sant'Anna: «Dentro del agua yo soy exacta».

Me había divorciado el día anterior. Me encontraba en el diario *O Pensamento Angoleño*, transcribiendo la entrevista que le había hecho a un piloto, cuando sonó el teléfono. El piloto, Domingos Perpétuo Nascimento, fue

militar. Se formó en la Unión Soviética. Combatió en Mavinga, en la mayor batalla en suelo africano desde la Segunda Guerra Mundial, al comando de un MiG-21. Años más tarde fue capturado por la guerrilla, en un ataque a una columna de coches civiles que iban de Luanda hacia Benguela, y se pasó para el lado de los secuestradores. Después del final de la guerra ingresó en la compañía aérea nacional. Días antes había encontrado un bolso con un millón de dólares en uno de los baños del avión y lo había entregado a la policía. Es una buena historia. El tipo de historias en las que me especialicé. Estaba tan entusiasmado que ignoré el teléfono. El aparato se calló por un breve instante y enseguida volvió a sonar. Finalmente atendí la llamada. Reconocí la voz áspera y autoritaria de Lucrecia:

—¿Dónde estás?

—En el diario...

—Pues deberías estar en el tribunal. El divorcio está marcado para dentro de quince minutos.

Le dije que no sabía nada. Nadie me había informado. La voz de Lucrecia subió un tono:

—El tribunal te mandó una instancia, pero fue a parar a la dirección equivocada. Me di cuenta hace poco. Anoté mal tu dirección. Sea como fuere, tienes diez minutos.

Conocí a Lucrecia en una fiesta. Apenas la vi supe que me casaría con ella. Le comenté a un amigo que la encontraba casi perfecta: «Sólo es una pena que se alise el cabello». Durante todos los años que estuvimos casados nunca conseguí convencerla de que se dejara el pelo rizado, natural, ondulando sobre los hombros. «Parezo una fiera», se quejaba Lucrecia.

Comenzamos a salir en septiembre de 1992, durante las primeras elecciones. La euforia andaba por las calles del brazo con el terror. Mis días transcurrían entre comicios, fiestas, viajes por las provincias, conversaciones interminables en bares, terrazas y patios. Las personas se dormían con la certeza de que el país estaba al borde del fin y se despertaban convencidas de que vivían los primeros días de una larga era de progreso y paz. Poco después, la guerra recommenzó, más violenta que nunca, y nos casamos. En esa época, yo dirigía la sección de cultura del *Jornal de Angola*. Escribía sobre libros. Entrevistaba a escritores, músicos y cineastas. Me gustaba mi trabajo. Lucrecia había hecho un curso de decoración de interiores en Londres. El trabajo no le ocupaba mucho tiempo.

El padre, Homero Dias da Cruz, se había enriquecido misteriosamente en los últimos años del partido único y de la economía centralizada, cuando expresiones como «internacionalismo proletario» y «dictadura democrática revolucionaria» todavía eran populares y nadie hablaba de «acumulación primitiva de capital» como un eufemismo para la corrupción.

Homero se había graduado en Derecho, en Coímbra, en 1973. Inmediatamente después de la independencia fue nombrado director de una importante empresa estatal. Abandonó el sector público en 1990, ya muy rico y miembro del comité central del partido, para crear una firma de apoyo a la explotación minera. Es un hombre seco, ríspido, muchas veces rudo con los empleados y los colaboradores. Sin embargo, siempre fue un marido atento y un padre cariñoso. Hasta hoy, aunque ya todos los hijos

tengan más de cuarenta años, insiste en organizarles la vida. A nosotros, por ejemplo, nos ofreció un apartamento. Vivíamos en Maianga. Llevábamos una vida tranquila. La guerra no nos afectaba.

Lucrecia se quedó embarazada. Nuestra hija nació una esplendorosa mañana de sol, en marzo, en una clínica privada de Londres. Le dimos el nombre de Lúcia. Se convirtió en una niña alegre, saludable, que desde muy temprano reveló una ardiente pasión por los pájaros. Homero tenía una jaula enorme en el patio, dentro de la cual vivían, en ruidosa y desordenada convivencia, decenas de viuditas, caturtús,* corbatitas, estrildas y canarios. Lúcia se agarraba de las rejas de la jaula y se quedaba allí durante horas, intentando comunicarse con las aves. Aprendió a imitar el canto de cada una de ellas mucho antes de empezar a hablar. Durante años creí que era por eso que mi padre comenzó a llamarla Karinguiri, un pajarito de Benguela. El apodo se le quedó.

Fue después de que me contratara un diario portugués como corresponsal y de haber comenzado a escribir sobre política y sociedad, que surgieron los problemas entre Lucrecia y yo. No era que Lucrecia desaprobara mis escritos. Nunca se interesó por la política. Era a Homero a quien no le gustaban:

—La ropa sucia se lava en casa —sentenció en cierta ocasión—. No me gusta que andes hablando mal del país en un diario extranjero.

* Pequeña ave muy vistosa típica de Angola. Nombre científico: *Estrela angolensis*. [N. de la T.]

Intenté explicarle que no podíamos confundir al gobierno con el país. Criticar los errores del gobierno no era lo mismo que maltratar a Angola y los angoleños. Por el contrario, yo criticaba los errores del gobierno porque soñaba con un país mejor. Homero apartó mis argumentos con un gesto irritado:

—No tienes ninguna necesidad de escribir para ese diario. ¿Cuánto te pagan?

—Mil dólares al mes.

—¡¿Mil dólares?! ¡¿Mil dólares?! ¿Tanta cosa por mil dólares? Pues yo te doy diez mil todos los meses para que no escribas. Ahora tenéis una hija. Necesitas prestarle más atención a tu familia.

Lo miré pasmado y rechacé la oferta. Pocos días después fui llamado al despacho de João Aquilino, el director del *Jornal de Angola*. Aquilino sabía que en la redacción todos lo despreciaban. Nadie se refería a él más que por el apodo, Topo, que le sentaba a la perfección. Era un sujeto esmirriado, un poco encorvado, con unos ojos pequeños y estrechos y un semblante amenazador, un tanto rústico, que ninguno de sus trajes caros conseguía mejorar. Había sido nombrado director no por sus calificaciones como periodista, que no tenía ninguna, sino por su pasado de esforzado militante del partido. Me dijo, con voz aflautada, que yo estaba infringiendo las reglas de la casa al colaborar con una publicación extranjera. El diario exigía exclusividad. O yo dejaba de colaborar con los portugueses o tendrían que despedirme. Le llamé la atención sobre el hecho de que varios periodistas de la casa, incluido el jefe de redacción, trabajaban también para publicaciones extranjeras. Si el diario quería exclusividad

debería pagar mejor. El Topo se levantó. Rodeó el escritorio con los brazos cruzados detrás de la espalda y se colocó delante de mí de puntillas:

—¿Sabe por qué todavía no lo he despedido? Por la mucha consideración que le tengo a su señor suegro. Estoy harto de su insolencia. Usted tiene aires de grandeza. Considera que es superior a todos nosotros sólo porque estudió fuera y leyó media docena de libros en inglés. Queda avisado, un artículo más en un diario del colono y queda en la calle.

Retrocedí dos pasos y me giré para salir. Ya estaba en la puerta cuando el Demonio Benchimol, es así como yo lo llamo, se apoderó de mí. Cerré la puerta y avancé contra el Topo con un dedo en alto:

—¡¿No le da vergüenza?!

El miserable retrocedió a saltitos, aterrorizado:

—¡¿Cómo?!

—¡Usted ni siquiera es periodista! ¡Usted es un policía del pensamiento, un comisario político al servicio de la dictadura!

—¡Está despedido! ¡Está despedido! ¡Recoja sus cosas y váyase!

Salí con el aplauso de la mitad de la redacción. La otra mitad hizo como que no me veía. Esa noche, cuando le conté lo que había pasado, Lucrecia se enojó conmigo. Mi suegro reaccionó todavía peor. Me llamó, enfurecido, para decirme que con mi actitud había avergonzado a la familia entera. Dos semanas más tarde, durante un almuerzo de sábado, se levantó del sillón que ocupaba la cabecera de la mesa y se dirigió a mí a voz en grito:

—Estoy harto de tus artículos en ese diario portugués. Siempre hablando mal de Angola y de los angoleños. Siempre denigrando a la nación. Voy a comprar el periódico y nunca más escribirás ahí.

Uno de los primos de Lucrecia, que había vivido la vida entera en Lisboa y, terminado el curso, había decidido regresar al país, intentó defenderme:

—Calma, tío, Daniel tiene derecho a escribir lo que quiera, y usted tiene derecho a discordar con él. Estamos en democracia y en una democracia es saludable que haya opiniones diferentes.

—¡Tú, cállate! —ordenó Homero—. ¿Acabas de llegar al país y ya hablas de democracia? Dios hizo a los leones y a las gacelas, e hizo a las gacelas para que los leones se las coman. Dios no es democrático.

Cayó sobre la mesa un silencio incómodo. Me levanté y me fui. Dos semanas más tarde, alguien —nunca se llegó a saber el nombre del empresario o grupo empresarial— compró el diario portugués para el que yo trabajaba. El director me llamó por teléfono, apesadumbrado, diciéndome que no podía seguir teniéndome como colaborador:

—Ahora pertenecemos a una empresa angoleña, no puedo decirte el nombre. Prometieron no meterse en la línea editorial, pero exigieron tu cabeza. Intenta comprender, amigo, tengo familia, no puedo perder el empleo.

Lucrecia se puso del lado de su padre. Yo pasé a ser el enemigo.

—No te gusta mi familia —me dijo—. No haces esfuerzo alguno para integrarte. A quien no le gusta mi familia es porque yo no le gusto.

Telefoneé a varios diarios y revistas de Luanda implorando empleo, pero no conseguí nada. Pasaba mis días en casa, leyendo, navegando por Internet, mirando películas en la televisión, jugando con mi hija. Lucrecia regresaba del trabajo y discutía conmigo. Fueron meses terribles. Me despertaba llorando. Tomaba largos baños de inmersión en agua lodosa, y era como si me hundiera en la propia noche. Me salvó un amigo, Armando Carlos, que una tarde pasó por casa para visitarme y me arrancó del sopor:

—Vístete. Prepara la maleta y ven conmigo.

—¿A dónde?

—A mi casa. No puedes seguir aquí.

Armando Carlos vivía en un apartamento al otro lado de la calle. Había sido herencia de una vieja tía, soltera y sin hijos, que había muerto tres años antes. Quedaba en el cuarto piso de un edificio muy degradado. El suelo, de madera gastada, estaba suelto y tenía algunas tablas que necesitaban ser cambiadas. La pintura en las paredes se descascarillaba. La capa externa, de un verde lima, combinaba armoniosamente con el color de la primera pintura, un amarillo desleído. La impresión general no era la de decadencia, sino la de un fausto fatigado, tal vez, a causa del lujo de aquella luz magnífica que entraba libremente por las enormes ventanas sin cortinas y reverberaba en las paredes. El apartamento estaba compuesto por una sala inmensa, cocina y tres cuartos, dos de ellos en *suite*. Creo que me pareció más desahogado debido a la ausencia de mobiliario. No había casi nada dentro, excepto tres colchones, uno en cada cuarto, y media docena de libros.

—Regalé el mobiliario. Regalé los discos y los libros. Regalé casi toda mi ropa —me explicó Armando mientras me mostraba el apartamento—. Sólo tengo dos camisas, dos pantalones, dos calcetines, dos calzoncillos y un par de zapatos. No necesito más. Tener consume mucha energía. Vigilar lo que se tiene consume aún más, desgasta, corrompe el alma. Lo mejor es disfrutar. Yo no quiero el velero, quiero el viaje; no quiero el disco, quiero la canción. ¿Entiendes?

Su entusiasmo me hizo reír:

—Sí, creo que te entiendo.

—Sufro de esta ansia de no tener, hermano. Mi mayor ambición es tener cada vez menos. Quien nada tiene, tiene más tiempo para todo lo que realmente importa.

—¿Eso es budismo?

—No. Puro perecismo.

—¿Pereza? Me parece una ambición enorme, sobre todo en un país donde las personas quieren tener cada vez más.

Armando pensó un poco:

—Tal vez tengas razón. Soy perezoso, pero soy un perezoso con grandes ambiciones. Si es para no tener, entonces quiero no tener mucho. Si es para no hacer, quiero no hacer muchísimo.

Los espesos *dreadlocks* todavía no eran de un blanco inmaculado como son ahora. Los cabellos claros se mezclaban con los oscuros dando al conjunto un tono plateado. Hacía un bonito contraste con el tono oscuro y brillante de su piel. Fuimos a la cocina, la única división amueblada y equipada, y me preparó unos huevos revueltos con queso y embutido.

—No sé dónde tenía la cabeza cuando me enamoré de esa mujer —confesé, después de terminar la tercera cerveza.

Armando se rio:

—La pasión es un instante de desvarío. Las personas que se casan por pasión deberían ser consideradas inimputables, y esos casamiento, nulos.

—No está mal —concordé.

—Las personas sólo deberían ser autorizadas a casarse estando lúcidas. No entiendo por qué, si está prohibido conducir borracho, no está prohibido casarse borracho, o enamorado, que es la misma cosa. Un casamiento no es tan diferente de un coche. Mal conducido, puede herir a mucha gente, comenzando por los hijos. Lúcidas, las personas sólo se casarían por interés, como mis padres.

—¿Tus padres se casaron por interés?

—Claro. Están casados hasta hoy.

Viví varios años en el apartamento de Armando. Durante ese tiempo escribí piezas de teatro e hice traducciones técnicas para diversas empresas. Armando es actor. Dirige una compañía pequeña, pero muy activa, los Mukishi, que recibe apoyo financiero de instituciones del norte de Europa para trabajar sobre cuestiones ligadas a los derechos humanos y la salud pública. El dinero no era mucho. Aunque, después de adoptar la filosofía de mi amigo, descubrí que podía vivir con casi nada y ser feliz. Creo que nunca fui tan feliz como en aquella época. El tiempo pasó. Hace tres o cuatro años, me invitaron a integrar la redacción de un nuevo diario *on-line*, un proyecto independiente que me entusiasmó. Alquilé un apartamento en Talatona, compré un gato, a quien llamé Baltazar, y volví a tener

una vida más o menos normal. Fue entonces cuando recibí la llamada de Lucrecia. Había empezado a salir con un empresario, un tipo que había sido compañero mío en el liceo, y quería casarse. Me pidió el divorcio. Estuve de acuerdo. Aun así, sin que yo comprendiera el motivo, avanzó con un proceso litigioso.

Fue entonces cuando recibí su llamada convocándome al tribunal. Cuando llegué la encontré acompañada por un famoso abogado que yo conocía de los almuerzos de los sábados en casa de Homero.

—¿No tienes abogado? —me preguntó Lucrecia.

Ella sabía muy bien que no tenía abogado.

Salí del tribunal divorciado y derrotado. No volví al diario. Entré en el coche y conduje hasta Cabo Ledo. A medio camino, un *candongueiro** se cruzó de carril, disparado, lanzándose contra mí. Me desvié no sé bien cómo, por puro instinto, mientras el otro se subía a la acera y golpeaba de frente con un enorme cactus. Paré, salté del coche y corrí para ver si estaban todos bien. Por suerte, nadie había resultado herido. Los pasajeros le gritaban al conductor. Proseguí el viaje. Cerca de una hora más tarde, aminoré, al girar a la izquierda por un sendero de tierra apisonada, hasta detenerme a la sombra de un mango. Siete bungalós de techo de paja, cada uno pintado de un color diferente, rojo, naranja, amarillo, verde, azul, índigo y violeta, se alineaban a lo largo de la costa. Uno de ellos tenía una placa con el nombre, Hotel Arcoíris, y ahí era donde estaba instalada la recepción. Entré, saludé al pro-

* Combis utilizadas como transporte privado de pasajeros.
[N. de la T.]

pietario del establecimiento, un sujeto muy delgado, con el rostro chupado, cabellos ralos y desarreglados, y feroces ojos de cuervo, y le dije que pretendía quedarme una noche. Ya había estado allí algunas veces. Conocía al hombre, sabía cómo se llamaba, Hossi Apolónio Kaley, pero nunca habíamos intercambiado más de dos o tres palabras de circunstancia. Hossi se rascó la barba áspera con las uñas sucias:

—¿No trae equipaje?!

Ignoré la pregunta. Le arranqué la llave de la mano y me dirigí al bungalow azul. Era, como todos los otros, estrecho y feo. Dentro se apretaban una cama de hierro, una silla, un televisor y un pequeño frigorífico. Abrí la neverita. Estaba vacía. Encendí el televisor. No funcionaba. Me saqué la camisa, la doblé y la coloqué sobre la silla. Me quité los zapatos y los calcetines. Me saqué los pantalones, me tendí en la cama y me dormí.

«Toda mujer es un camino». La frase se me ocurrió mientras nadaba, como si la estuviera oyendo de otra persona. Esa otra persona hizo una breve pausa y prosiguió. «En toda mujer hay un principio de mundo».

«¡Principio de mundo, un demonio!», retruqué, dirigiéndome a la persona que hablaba dentro de mí. «Toda mujer es una trampa, eso sí».

Maldecir, incluso en pensamiento, incluso mientras nadamos, alivia el espíritu. Vi algo que flotaba a mi derecha. Era una máquina fotográfica a prueba de agua, color amarillo mango. Mi primera reacción, irritado, fue lanzarla lejos. La destrucción de los océanos me entristece y me rebela. Pasé dos meses en el *Rainbow Warrior* (tenía entonces veinticuatro años), poco antes de que la trainera

de Greenpeace fuera hundida por los Servicios Secretos franceses en el puerto de Auckland, en Nueva Zelanda. En esa operación terrorista murió un fotógrafo amigo mío, el portugués Fernando Fernandes. Quedé muy afectado con aquello y abandoné la militancia ecologista, pero no el ideal.

Tal vez la máquina todavía funcionaba. De cualquier forma, lo mínimo que podía hacer era sacarla del agua. La sujeté en mi muñeca derecha, ya que el objeto venía equipado con una abrazadera, y volví a nadar, ahora en dirección a la playa. Esa noche, por mera curiosidad, retiré la tarjeta de memoria de la máquina, la coloqué en el ordenador y descargué las fotografías. Lo que encontré me asustó. No podía ser y, sin embargo, allí estaba. Me quedé hasta las cuatro de la mañana mirando cada una de aquellas imágenes, deslumbrado con la súbita revelación que me había llegado de forma tan extraordinaria, y pensando en su significado y en los misteriosos movimientos del mar y del destino.

2

Imaginemos un anfiteatro. Una sala que desciende en dirección a un escenario de madera oscura, encerada, enmarcado por una pesada cortina escarlata. Una mujer, enteramente desnuda, toca el piano, mientras a su alrededor aletean periquitos.

Yo estoy sentado, también desnudo, en las últimas filas, muy arriba, y acompaño el concierto con los ojos llenos de lágrimas. No conozco a la pianista, pero sé todo sobre ella. Un viejo, a mi izquierda, vestido con un luminoso uniforme de almirante, me susurra al oído:

—¡Esta mujer es un fraude!

Me contengo para no pegarle. Nunca en toda mi vida escuché música tan bonita. Además, siento una profunda admiración por esa mujer. Sé que fue presa, torturada, sobrevivió a un tumor y a un marido cruel y violento que le prohibió seguir una carrera musical. Después de enviudar, volvió al piano. Fundó una iglesia neopagana, el Culto de la Diosa, que sólo acepta mujeres. En los conciertos suele hacerse acompañar por animales, los periquitos que yo veía allí; pero también perros y hasta lobos. A veces con una pistola dispara tiros al aire con balas reales, lo que irrita a los propietarios de las salas.

Un sueño. Me desperté con él la mañana del día en que me divorcié. Volví a recordar algunos fragmentos la mañana siguiente, mientras nadaba de regreso a tierra con la máquina fotográfica sujeta a la muñeca derecha. El escenario oscuro, la mujer desnuda con los senos marchitos, caídos sobre el vientre. Sueño mucho con personas que nunca conocí. Sueño, a veces, la vida entera de esas personas, desde que nacen hasta que mueren. Al final del concierto bajé al escenario para saludar a la mujer. Ella me abrazó con ternura. Me dijo:

—Todo pasa, amigo, el tiempo cubre el mundo de herrumbre. Todo lo que brilla, todo lo que es luz, pronto será ceniza y nada.

—Ya casi todo es ceniza —respondí—. Incendiaron mi pasado.

En el momento en que me desperté, el diálogo no tenía sentido. Al final del día, después de regresar del tribunal, sí. En mis sueños suceden con frecuencia conversaciones como ésta, inadmisibles, misteriosas, rebuscadas, hasta ridículas. Aunque, más tarde, cobran inesperada coherencia. A veces sueño con versos sueltos. También sueño con entrevistas. Entrevisté a Jonas Savimbi en cuatro ocasiones: dos despierto y dos en sueños. Entrevisté a Muamar Kadhafi sólo en sueños. Me dijo que los últimos días habían sido terribles. Dormía en casas abandonadas, huyendo de sus perseguidores, mientras intentaba alcanzar la aldea donde había nacido. La columna en la que él iba fue bombardeada por aviones y se vio forzado a salir del coche y buscar refugio en una alcantarilla. Cuando lo entrevisté, Kadhafi estaba dentro de la alcantarilla, doblado, pegado a la pared, vestido con una cami-

sa color caqui y con un gorro negro en la cabeza. A la mañana siguiente me desperté, encendí el televisor y lo vi con la cabeza descubierta, el cabello desaliñado, el rostro cubierto de sangre y un aire atontado, espantado, intentando apartar con las manos frágiles los duros golpes que lo alcanzaban. «¡Dios es grande! ¡Dios es grande!», gritaban sus asesinos. Sentí pena por él. Sentí aún más pena por Dios.

En las entrevistas que hice mientras soñaba, los entrevistados se mostraron muchas veces más auténticos, y sobre todo más lúcidos, que estando yo en vigilia. Otros, sin embargo, se servían de idiomas misteriosos de los cuales sólo me restaba adivinar fragmentos. Julio Cortázar, por ejemplo, un escritor con quien ni siquiera tengo gran intimidad, se me apareció bajo la forma de un cedro enorme, muy viejo, con un tronco torcido y hojas encrespadas. Respondió a mis preguntas agitando nubes en el cielo. Las nubes eran una especie de alfabeto, y el cielo, una página en blanco. Me acuerdo de ese sueño porque, sentada en una silla de paja, a la sombra de Cortázar, muy recta y muy ajena, estaba la Mujer de los Cabellos de Algodón de Azúcar. La Mujer de los Cabellos de Algodón de Azúcar aparecía con frecuencia en mis sueños. Una mujer alta, elegante, vestida casi siempre con buena ropa, a la manera de nuestras damas. El rostro, largo, anguloso, interesante sin ser bonito, y una cabellera muy alta y suave, color cobre. La Mujer de los Cabellos de Algodón de Azúcar esperó a que Cortázar dejara las nubes tranquilas y entonces dijo:

—Conocí a un hombre que fue soñado por el mar.